

## EL FRÍO DE JAVIER

Mediodía frío de agosto en Buenos Aires.

Como todos los días, Jazmín Tortoni, con sus setenta y cinco años impecables en apariencia, sale del trabajo lista a realizar su recorrido hasta la estación del subterráneo. Es inevitable que se malhumore, pensando en la tarde de encierro en su casa. Juan, su marido enfermo, tiene demandas permanentes.

-Si pudiera contratar a alguna persona que lo acompañara a la tarde, mi vida sería otra ¡Qué hermosas flores y ese bar con gente conversando tan tranquila. Cómo me quedaría a almorzar allí! –pensaba Jazmín.

Los apretujones del subte no logran distraerla de esa idea que le da vueltas desde hace un tiempo. Quiere a Juan pero ya le está resultando fastidiosa su presencia.

Baja en Palermo, mientras sube las escaleras, descubre a un niño de cuerpo menudo, que la mira con hermosos ojos verdes.

Jazmín no sabe si antes ese niño estuvo allí, nunca lo vio. Mira su reloj y comprueba que la empleada que acompaña a su marido por las mañanas, estará por retirarse; pero se detiene y por un instante ella y el niño se sostienen las miradas.

-¿Cómo te llamás? -le dijo Jazmín.

-Me llamo Javier Ochoa señora y tengo trece años aunque a usted le parezca más chico ¡Yo no robo eh! Junto cartones a la tardecita y con la plata que gano me compro algo para comer.

-¿No tenés familia Javier?

-¡Nunca lo supe porque me criaron en un hogar vio! Cuando tenía seis años me fue a buscar una señora pero yo me escapé; vivía sola en una casa muy aburrida, además era mala conmigo. Creo que nunca me buscó; ni el documento me traje.

-Javier, seguramente esa señora ha hecho la denuncia, sos una persona con nombre y apellido ¿Cuánto hace de esto? -le pregunta muy asombrada.

-¡Como cuatro meses, encima tuve que dejar el colegio porque si no me iba a encontrar.

Jazmín vuelve a mirar su reloj y advierte que, dados los minutos que estuvo charlando con el niño, su marido ha de estar solo. Pero no puede dejarlo en la calle y con frío. Le pide a Javier que se levante y lo invita a almorzar en su casa. Javier se para, ella se entristece aún más cuando observa que le falta un brazo.

-Diga señora ¿no le impresiona que tenga un solo brazo? Yo estoy acostumbrado, desde que me acuerdo tengo uno solo.

Llegan a la casa; Javier con algo de resistencia a ingresar, cuando sabe de la existencia del marido, Jazmín con una alegría que borró su mal humor, Juan sentado a la mesa preparada para dos, que no disimula su asombro cuando ve al niño.

-Hola Juan ¿cómo fue tu mañana? Disculpame, me demoré porque nos conocimos con Javier; está viviendo en la calle y hace tanto frío. -dice la esposa.

-Estoy bien, la empleada se tuvo que ir temprano, la llamaron por no sé qué cosa. Vine a la cocina y preparé este arroz con pollo. Ahora traigo otro plato.

-¡Buenos días señor Juan, yo acepté la invitación de su señora pero como algo y me voy... eh!

Javier acepta un segundo plato y mientras el matrimonio comparte noticias del día, se sienta en un rincón de la cocina y se queda dormido. Jazmín lo ayuda a incorporarse, le ofrece un cómodo sillón y lo arropa con una manta.

Javier duerme hasta el anochecer. Juan vuelve a tocar el piano, Jazmín cocina una torta. El frío quedó en la calle.